

LAS GARANTES

Proyecto NeoBio, Año 2022

Instalaciones Militares del Sur

No puedo creer que vaya a acabar mis días en esta topera, bajo tierra, prisionera y lejos de mi tierra.

Llegaron una noche de aquel verano infernal que estábamos padeciendo (¿hace cuánto, dos, tres años..? aquí se pierde la noción del tiempo), y como fantasmas silenciosos sitiaron todo el pueblo sin que nos diéramos cuenta. En diez minutos habían cogido a Justina la panadera, a Carmen la de la vaquería, a Rosa la herbolaria y a mí. Nos taparon la cabeza, nos dieron empujones y nos metieron en un helicóptero. Mientras nos alejábamos, tuve la certeza de que jamás volvería, y aspire una bocanada de aire de mi sierra querida, mezcla de tomillo e hinojo, sonido de grillos, juncos frescos y tardes tranquilas, para llevarme conmigo algo con lo que sobrevivir en el desconcierto futuro. Ahora, durante las noches en las que no puedo dormir, tumbada en el catre de esta habitación minúscula, imagino que todavía estoy allí, sentada en la mecedora a la puerta de mi casa, junto a mí el gato, en mis oídos el silencio. Y así me voy durmiendo poco a poco imaginando que vivo en un pasado cuyo presente de seguro ya no existe.

Pero eso fue mucho después, cuando todo se precipitó y las previsiones de los científicos resultaron en exceso optimistas y bastantes desacertadas.

Yo había vuelto al pueblo tras 40 años viviendo en la ciudad.

Insomne, una noche me levanté para tomar un Valium, al que recurría cada vez con más frecuencia, junto al Lexatin. Pasé antes por el baño y me lavé las manos, costumbre residual que me había quedado de mis años de cirujana. Mientras me secaba con una toalla de Bassetti topé con mi imagen en el espejo: los ojos hundidos, las arrugas en la comisura de los labios, la incipiente papada, los hombros caídos, y reconocí en mí la viva imagen de mi abuela. Fue como tener una revelación. Paseé casi a oscuras por mi piso de diseño de 300 metros cuadrados, entré en las habitaciones de unos hijos que hacía tiempo habían dejado de necesitarme, a los que siempre tuve la impresión de no saber educar. Luego miré a Carlos dormido y me pareció un extraño. Después me fui al salón y me senté en mi sofá de 5000 euros. Sobre la mesa estaba mi maletín abierto, y las hojas de mi ponencia acerca de las consideraciones éticas de la clonación desparramadas junto a la pistola que solía llevar para defenderme en aquella ciudad inmisericorde y violenta. Sentada en la oscuridad, di un rápido y sencillo repaso a mi vida: nunca quise ser médico, nunca quise casarme, nunca quise vivir en la ciudad. Cuando se llega a cierta edad, las cosas cobran su justo valor. Y tomé una decisión.

A los tres días cogí un tren, luego un autobús. Llevaba sólo dinero en efectivo, una maleta, un ordenador portátil y las llaves de la casona familiar que nunca quise vender. Mientras el taxi enfilaba el camino viejo del pueblo, vi las huertas ordenadas, la vieja harinera, el molino en ruinas, la torre del Convento de la Piedad. En la lejanía asomaba el cementerio de paredes encaladas donde estaban enterrados todos mis muertos. En las calles empedradas aún deambulan las largas tardes de mi infancia.

Allí me quedé. Al fin de al cabo siempre había sido una mujer rural.

Tiré todos los muebles de la casa excepto la cama de la abuela, el armario, y la cómoda art déco donde estaban guardadas las fotos en sepia de mis generaciones perdidas. Eché abajo las cortinas, comprobé que el tejado estaba en buenas condiciones

pese al abandono y estuve limpiando una semana seguida. Cuanto más limpiaba más liviana me sentía, como si estuviera quitando el polvo a mi alma. Después compré cal viva que vendía una hija del viejo calero que todavía mantenía activo el horno artesanal de su tatarabuelo. Encalé las paredes de la casa y el patio, desbrocé la huerta y compré una mesa, dos sillas de enea y una mecedora que vendía un vecino carpintero. En el armario colgué cuatro vestidos, dos pantalones, tres camisas, un abrigo, y guardé dos pares de zapatos y unas botas. En la alacena de la cocina coloqué la vajilla que mi madre nunca utilizó, y sonreí al notar la ausencia de cafetera, lavavajillas, exprimidor, microondas o un simple tostador.

Al mes siguiente llegaron mis libros, que Carlos había embalado cuidadosamente como recuerdo del amor que un día quizás nos tuvimos, y fueron a ocupar lo único de valor que había en la casa: una librería de diez metros de roble macizo, una librería que debía tener cien años y que desentonaba en aquella casa de labradores. Confinada en el desván, nunca había soportado otra cosa que cachivaches, ropa vieja, aperos de labranza y suciedad. Ahora relucía tras dos días de frotarla como si fuera un niño mugriento y revestirla con una capa de barniz. Cumpliendo al fin su destino de aristocrático anaquel del saber, nunca estuvo más bella que conteniendo mis libros, libros escritos por hombres y mujeres que amaban la vida, que mostraban al ser humano en lo mejor y en lo peor, pero siempre humano en su lucha por descifrar la existencia, la verdad, el tiempo y la muerte. Ya no necesitaba más.

Instalada en una casa limpia, vacía de cosas superfluas, casi monacal, me sentí libre. Miré el huerto vacío, saqué los aperos que había guardado en la caseta del patio después de limpiar su herrumbre con aceite, y, haciendo honor al apodo de mi familia, me dirigí a la única tienda del pueblo en la que se podía encontrar de todo y que también servía de mentidero y fuente de noticias. Quería semillas. Compré simientes de tomates,

zanahorias, judías, cebollas, pepinos, lechugas... Ya era demasiado tarde para las patatas y las berenjenas. Tendría que esperar a enero.

Seguidamente, con el cariño incondicional que había sentido por mi abuelo, cogí la azada que había sido suya y labré todo el huerto, removiendo el suelo con empeño como si en vez de preparar la tierra para la siembra estuviera aireando la vida apelmazada que había malvivido yo durante años. Compré estiércol de los caballos de mi vecino Andrés y aboné a conciencia. Después me senté al atardecer con la sensación de haber aliviado el dolor a un paciente.

A la mañana siguiente reciclé los envases de yogurt que había estado guardando y los utilicé de semilleros que una vez rellenos de tierra y simientes metí en la caseta del corral cubiertos con plásticos a modo de improvisado invernadero. En los días cálidos de la incipiente primavera, mientras esperaba el nacimiento de mis plantas, preparé los caballones y los surcos en el huerto. Por las tardes leía o me sentaba con las vecinas en la puerta de la casa. El tiempo pasaba lento entre conversaciones sencillas, pequeños afanes, preocupaciones sobre las cosechas y discusiones acaloradas sobre el tiempo. Yo, que había sido toda una autoridad en medicina, ahora sólo me interesaban los conocimientos que Rosa poseía sobre hierbas y cómo éstas curaban el cuerpo y el espíritu.

Cuando mis semillas germinaron y se convirtieron en plantas esperé a que hiciera un día nublado y las trasplanté en la tierra, clareando las hojas más débiles. Luego abrí una compuerta de la vieja acequia aún en pie y con estrechos surcos dirigí el agua hacia los caballones. El preciado líquido recorrió la vega como un pequeño río que repartiera fertilidad al paso lento de su cauce. Entonces enderecé mi cuerpo dolorido, cogí un puñado de tierra, la olí, me la eché a la boca y me sentí extrañamente compensada de mi vida pasada, del largo sendero de insatisfacciones y absurdos que

había tenido que recorrer para terminar donde había empezado: comiendo tierra. La vida es sencilla, el hombre irracionalmente complejo.

Pero aquello duró sólo unos años y aún en el relativo aislamiento en que vivíamos, sin noticias de dios ni del diablo, el desastre nos llegó en pequeñas oleadas de indicios que no consiguieron del todo prevenirnos de lo que se avecinaba.

El hombre había perdido el norte y en la locura de su ambición desmedida desprovista de valores también estaba perdiendo su tierra. Ni guerras, ni pandemias, ni crisis financieras, ni economías desnaturalizadas, ni extremismos religiosos, ni pobreza suprema, ni desigualdades sociales acabaron nunca con la raza humana a lo largo de los siglos. Pero sólo bastaron los últimos quince años de galopante cambio climático para acabar con la mitad del planeta. La otra mitad se esconde en instalaciones militares como ésta, viviendo bajo tierra, enterrados bajo su propia basura.

En el pueblo sabíamos que algo iba a pasar. Las cigüeñas no emigraban a África tras el verano y se quedaban todo el año. Las abejas habían desaparecido debido a un hongo que proliferaba con el calor, dejando las colmenas sin miel y las flores y cultivos sin polinizar. Muchas golondrinas y vencejos se morían cuando tras llegar en tempranas y cálidas primaveras y hacer sus nidos, seguidamente tenían que soportar semanas de crudo invierno. Las frecuentes tormentas de granizo destruían las cosechas. Semanas de lluvias torrenciales asolaban las huertas para luego dejar paso a meses de sequía. Las cabañuelas dejaron de ser fiables. Nevaba en mayo y sufríamos temperaturas de 30 grados en noviembre. Los cultivos se volvieron locos, las semillas no sabían cuando germinar y cuando lo conseguían no podían florecer por el frío y cuando florecían se secaban bajo un sol de justicia. Los ciclos cambiaron drásticamente sin que animales y plantas pudieran adaptarse.

Otros países, donde la naturaleza siempre se había mostrado poderosa como el Caribe y la costa Oeste de Estados Unidos, quedaron arrasados por continuos ciclones y huracanes de fuerza descomunal que se hacían más virulentos por el calentamiento del agua del mar. Los incendios forestales se multiplicaron y se volvieron incontrolables por las altas temperaturas, asfixiando a la población con los gases que emitían. Asia pereció tras un monzón perpetuo. Miles de pequeñas islas del Pacífico y zonas costeras de todo el mundo desaparecieron tras la subida del nivel del mar. África terminó calcinada sufriendo temperaturas de hasta 62 grados. Ballenas azules y jorobadas se extinguieron en un año por la falta de krill. El aumento de las temperaturas trastornó todos los ecosistemas, los humedales se secaron, los arrecifes de coral se murieron y todas las especies iniciaron una emigración sin precedentes hacia las tierras del norte buscando un clima más frío e invadiendo a su vez el territorio ancestral de otras. Una calamidad siguió a otra, una extinción llevó a otra...

Todo ocurrió tan deprisa, simultáneamente en tantos países, que los gobiernos, desestabilizados, no pudieron afrontar las catástrofes humanitarias. Los alimentos frescos, los productos de primera necesidad, en manos de unas pocas multinacionales, se convirtieron en artículos de lujo y se encarecieron hasta límites insospechados provocando una crisis económica sin precedentes. Parecía el apocalipsis. Los que no murieron por los desmanes de una naturaleza desbordada que parecía estar vomitando toda la inmundicia que el hombre le había obligado a tragar durante años, murieron en posteriores hambrunas, enfermedades, saqueos y desesperación. Ni nuestro sistema financiero, ni toda nuestra tecnología, ni nuestros avances científicos, ni nuestras potentes telecomunicaciones sirvieron para nada. El hombre había olvidado como sobrevivir encumbrado en su supremacía científica y tecnológica, aplastando con sus caros zapatos ecosistemas, fauna, flora, recursos naturales y equilibrio sostenible.

Sólo sobrevivieron pequeñas comunidades rurales repartidas por todo el mundo, poblados de apenas unas decenas de personas, aldeas perdidas en selvas, montañas o bosques, zonas de difícil acceso y malas comunicaciones que habían quedado olvidadas por su aislamiento. Muchas de ellas en la selva amazónica, que por sus dimensiones, había podido conservar pequeños reductos de jungla a pesar de la tala salvaje, el déficit de agua y los incendios. Eran comunidades que se autoabastecían con los alimentos que conseguían cultivar o recogían en bosques cercanos, el escaso ganado que criaban, el agua que recogían de manantiales o pozos artesanales y la conservación de oficios ancestrales que se habían transmitían de padres a hijos, de madres a hijas. El dinero no servía, se volvió al cambalache y al trueque.

Fue irónico que sucumbieran las grandes y modernas urbes, derrumbándose como castillos de naipes, y subsistieran las denostadas aldeas, menospreciada durante siglos su vida tosca y rústica.

Los gobiernos decretaron el estado de sitio y en medio de la hecatombe tuvieron la seguridad de que el hombre había pasado a ser una especie en extinción. Entonces nació a escala mundial el Proyecto NeoBio que incluía, entre otras muchas cosas, el secuestro de mujeres a las que llamaron Garantes.

Se construyeron en todos los países de forma precipitada gigantescas instalaciones bajo tierra custodiadas por militares y los que sobrevivimos o fuimos elegidos para sobrevivir pasamos a ocupar aquellas toperas iluminadas perpetuamente con luz artificial, confinados en poco espacio y respirando aire viciado.

Cuando me llevaron a las Instalaciones del Sur junto a Rosa, Justina y Carmen aquello ya estaba casi al completo. Nos dieron unos vestidos grises que parecían uniformes de presas, nos desinfectaron en duchas y nos indicaron donde íbamos a vivir. En unos pequeños habitáculos minúsculos, algunos con cuatro literas, una mesa y varios

armarios metálicos. Cuando nos reunían en el comedor para comer una especie de engrudo inmundo en conserva, aquello parecía un asilo, la media de edad rondaba los 60 años. Había granjeras, mariscadoras, agricultoras, curtidoras, hortelanas, herbolarias, percebeiras, curanderas, jardineras, hilanderas, apicultoras, modistas, cocineras y hasta una comadrona con más de 90 años que había traído al mundo a su último recién nacido hacia más de 50.

Los días que siguieron fueron un interrogatorio perpetuo sobre lo que sabíamos hacer. Nunca dije que era cirujana y acorde con mi oficio de hortelana me asignaron una parodia de huerto donde tenía que labrar, sembrar y cultivar unas verduras que crecían escuchimizadas y raquílicas por la falta de sol. Mientras lo hacía, algunos soldados tomaban nota sin cesar y al mínimo detalle y filmaban con una cámara. Otros me ayudaban haciendo toda clase de preguntas. Entonces comprendí para qué estábamos allí, qué era toda aquella parafernalia: pretendían asegurar la supervivencia de los hombres del siglo XXI en un futuro más que incierto completando una base de datos de conocimientos básicos que hasta un niño debería saber pero que al parecer habían sido olvidados tras la supremacía de un progreso desmedido e injusto.

Exprimieron los conocimientos de Las Garantes como si fueran fruta madura que contuviera un néctar valioso que hubiera que guardar como un tesoro. Estos conocimientos luego se llevaban a otras Instalaciones llamadas de Aprendizaje donde se enseñaban a la población superviviente, todos jóvenes. Las Garantes hicieron demostraciones agotadoras de cómo se hacía jabón con aceite, agua y sosa cáustica; de cómo se obtenía el aceite de oliva tras la trituration de aceitunas con piedras de granito, prensado con prensa hidráulica y decantación en frío; de cómo se fermentaba el vino; de cómo se ordeñaban las vacas y se hacía el queso; de cómo se despellejaba un conejo y otros animales; de cómo se cortaba el gansate a los pollos y se les desplumaba; de cómo

se hacía una matanza de un cerdo y se fabricaban artesanalmente embutidos; de cómo se obtenía la sal de los aguas subterráneas que atravesaban depósitos salinos; de cómo se reconocía donde podía encontrarse agua potable; de cómo se reconocían hierbas comestibles y especias en las sierras y qué dolencias podía aliviar; de cómo se molía trigo para fabricar harina y hacer pan; de cómo se esquilaban las ovejas y se obtenía lana; de cómo se curtía la piel de los animales; de cómo se tejía ropa; de cómo diseñaban patrones de vestidos y se cosía; de cómo hacían conservas, encurtidos, salazones y ahumados; de cómo se cocinaba con sólo tres o cuatro ingredientes; de cómo mariscaba en los arenales...

Un día trajeron a Aurora, una cuentacuentos manchega casi centenaria y medio ciega que se arrastraba sobre sus piernas artríticas apoyada en un andador. Ella era la abuela que todos tuvimos alguna vez, la abuela que todos los niños deberían tener, la abuela que siempre disponía de tiempo para querer. Oír sus cuentos sin fin aprendidos de su madre, y su madre de su abuela, y su abuela de su bisabuela, fue bálsamo para nuestras almas, y verla cantar sus nanas a aquel niño imaginario que acunaba con cariño entre sus brazos arrugados nos arrancaba unas lagrimillas tiernas que nos apresurábamos a limpiar. Y nos dimos cuenta de que aquello era lo más importante para sobrevivir, lo más importante para transmitir a generaciones futuras: la imaginación, la creatividad, la ternura y el amor sin condiciones.

También había hombres, pero pocos, casi simbólicos. Tres albañiles, dos carpinteros, dos herreros, cinco pescadores y algún alfarero. Un soldado que parecía un niño disfrazado en carnaval con un traje de camuflaje demasiado grande para él nos dijo que en otras instalaciones había algunos más.

Los soldados documentaban sin descanso nuestro trabajo y yo les decía con ironía que, visto lo visto, mejor les iría si lo hacían sobre papel, que habían demostrado

su durabilidad con creces, en vez de utilizar soportes digitales. Ellos se reían creyéndome una pobre ignorante. Curioso, que tras millones de años de evolución humana hayan tenido que recurrir a un puñado de viejas chochas e ignorantes para salvarles el pellejo. Espero que el sacrificio valga la pena.

Sí, nosotras, Las Garantes, ¿no había sido al fin de al cabo la mujer rural la superviviente nata, la que sin armas había defendido a sus hijos y a sus tierras, en guerras y desastres, la que había trabajado de sol a sol labrando el campo, cuidando ganado, la que jamás se había permitido llorar, la que había transmitido de generación en generación los valores básicos de supervivencia y de respeto al propio hombre y a la naturaleza, la que sabía diferenciar entre lo primordial y lo trivial, la que paría sin aspavientos, la que no se arredraba ante la muerte, la que nunca perdía la perspectiva de la realidad, la que apreciaba la vida en su justo valor, la que mantenía la tradición oral, la que no olvidaba a sus muertos, la que reía ante la adversidad, la que aceptaba la vejez sin dramatismos, la que desafiaba el desconsuelo, la que era íntegra en sus convicciones, la que consideraba la tierra como su igual?.

Sí, al fin de al cabo, la mujer rural siempre había sido garante, garante de la supervivencia de sus pueblos. También en esta ocasión. Que el tesón nos proteja.